



Fue en la cruz

Ha sido uno de los personajes que más me ha inquietado en la historia Bíblica. A mi parecer fue demasiado sencillo lo que tuvo que hacer para encontrar el perdón. Póngale el nombre que usted quiera, la tradición le ha llamado Dimas, el compañero de Gestas, el ladrón arrepentido. La Biblia a decir verdad no menciona ningún nombre. Lo cierto es que hoy precisamente me desperté pensando en él. Creo que fue precisamente ese deseo interno conocido por Dios lo que llevó a que justo al salir al jardín encontrara ese papel. En medio que estaba arrugado era de un extraño blanco resplandeciente, me dispuse a leerlo y no pude hacer sino correr a mi computadora para pasarlo al formato electrónico. No me haga muchas preguntas sobre la procedencia. Puede catalogarme de loco, pero en mi experiencia personal sirvió para despejar una de las más grandes incógnitas ¿De donde proviene y cómo funciona la Gracia de Dios? Seguramente alguien dejó caer este papel del cielo y fue una de las mejores formas que encontré para aceptar lo que es difícil de entender. Tómese su tiempo en leerlo, creo que vale la pena hacerlo.

- Fue allí donde por primera vez le vi a los ojos. Y fue en ese momento donde comprendí lo que Él realmente representaba y quién era realmente, pues a pesar de saber que la muerte se estaba acercando entendí que en ese hombre que estaba a la par mía encontraría la vida eterna que hoy estoy disfrutando.
- ¿Nunca antes habías oído hablar de Él?
- ¿Y quién no? La noticia del revuelo que este joven carpintero estaba despertando en todo el país andaba de boca en boca. Muchos teníamos la esperanza equivocada de que él fuera el cabecilla de la revolución en contra del imperio romano. Era una época de mucha opresión y la pobreza era común en muchos de los habitantes de aquel entonces.
- ¿Fue esa la razón por la cual desperdiciaste toda tu vida en hacer lo que hacías?
- Si esto me lo hubieras preguntado en otra época, en otro mundo, en “el” mundo, seguramente que hubiera incluido esta como una de las tantas justificaciones a mi conducta. Pero ahora no. No existe una excusa valedera para lo malo que hice, nadie me forzó a hacerlo... es cierto, siempre tuve una oportunidad para rechazar el mal, pero muy pocas veces lo hice. ¿Sabes? Me agradaba hacerlo, me causaba placer, disfrutaba con ello. Después de todo, si no se disfrutara todo el mundo lo rechazaría. Pero después ocurría...
- ¿Qué cosa?
- Tú lo sabes, todos los que estamos en este lugar, a excepción de Él, lo sabemos. Aquel dolor que carcomía el corazón, aquella desesperación que atormentaba todo el ser, la confusión que inundaba los pensamientos, la culpabilidad que retumbaba en los oídos, el pecado que mata el alma. Aunque nadie lo hubiera creído, en más de una ocasión intenté alejarme de él, pero yo no era suficiente. Carecía del poder para apartarme... razón tenía cuando dijo que separados de Él nada podíamos hacer.
- ¿Entonces ya lo habías oído antes?
- Un par de veces. En un principio lo consideré casualidad, ahora sé que fue con un propósito. La primera ocasión fue en una montaña. La guardia romana me estaba persiguiendo, hacía varios días que estaba huyendo y me había escabullido muy bien, pero cada vez estaban más cerca. De repente vi la multitud y me confundí entre ellos. Al principio creí que se trataba de una manifestación o tal vez la preparación de un amotinamiento contra los romanos, pero no era así. Todos le seguían, se notaban ansiosos por escucharlo. Él no los había llamado, nadie les había obligado estar allí, simplemente le seguían, como ovejas a su pastor.



- ¿Qué le escuchaste decir?
- No fue mucho. Yo no quería escucharlo, pero él habló para mí; no estaba en ese lugar para eso, pero Él estaba allí por mí; me encontraba huyendo de la justicia, pero Él con su justicia me estaba dando libertad. Me confundían sus palabras. No las entendía. No resultaban lógicas. Cuando dijo “Bienaventurados los pobres de espíritu” me pareció un loco, pero comprendí que no lo era. Ningún loco podía tocar el corazón de la forma en que ese hombre lo hacía. Permanecí un poco de tiempo más allí, pero cuando dijo “Bienaventurados los que lloran” no pude resistir más... sequé mis lágrimas y me fui corriendo de ese lugar.
- Fue el Sermón del Monte ¿No es así?
- Yo no lo llamaría sermón. Sus palabras eran con autoridad, pero no con todo sermoneador. Fue una charla de amigos. Una forma sencilla de revelar a la humanidad el amor y voluntad del Padre para con nosotros.
- Pasó mucho tiempo desde ese momento hasta que te aprendieron ¿verdad?
- Uno o dos años. Me había unido a la banda de Barrabás. Realizamos toda clase de delitos que te puedas imaginar. Tal pareciera que habíamos hecho el propósito de violar todas las leyes. Robos, asesinatos, desfalcos, en fin si alguien había hecho algo malo, nosotros nos esmerábamos por superarlos. ¡Créeme que lo conseguimos!
- ¿Barrabas era el líder?
- Claro. Era mi ídolo. Un ídolo como el que muchos se han formado en sus mentes. Personas que han alcanzado reconocimientos, individuos que captan la atención con sus habilidades histriónicas o musicales sin reconocer de quién provienen esos talentos. Idolos de barro que se ven desmoronados ante la arrogancia de sus palabras. Barrabás era la encarnación de mis torcidos ideales. No había conocido nadie tan cruel y despiadado como él. Y de no haber sido por aquella emboscada que nos tendió la guardia romana, creo que jamás lo hubiesen podido agarrar.
- ¿Fue en ese momento donde te apresaron?
- No. Fue el primer día de la semana antes de celebrar la pascua. La banda se había dirigido a Jerusalén. Resultaba una buena época para nosotros ese lugar pues casi toda el país se dirige allí. Fue camino a la ciudad donde aprendieron a Barrabás. Eso nos cayó a todos como balde de agua fría. Los romanos estaban muy cerca de nosotros, por lo que teníamos que andar con cautela, pues ya habían visto a varios de nosotros y nos podían distinguir y apresarnos en cualquier momento. Fue en ese día cuando escuché el alboroto...
- ¿Alboroto?
- Sí. Me llamó la atención ver como la muchedumbre dejó todas sus actividades y tomando ramos de flores salieron corriendo. Por curiosidad me acerqué a ver lo que sucedía. Era de nuevo este carpintero convertido en predicador. Venía montado sobre un pequeño asno. A su paso la gente arrojaba sobre el suelo las flores mientras gritaban ‘¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!’ Sin entender por qué, sentí el impulso de unirme a los demás en sus gritos pero mi concentración fue cortada al sentir sobre mi hombro la presión de una mano que me sujetaba fuertemente, mientras en mi costado sentía el filo puntiagudo de una espada de un romano que me decía: “No intentes nada, estás arrestado en nombre del imperio romano”.
- ¿Tuviste miedo?
- Mucho. Sabía lo que me esperaba. La más cruel de las muertes de aquel entonces estaba destinada para personas como yo. Ni el hecho de volver a ver a Barrabás pudo causar el menor impacto positivo en mi interior. Todo lo contrario, los dos sabíamos que era la última vez que estaríamos juntos, la muerte nos aguardaba. Los soldados romanos disfrutaban con esa situación. Reían en cada tortura. Cada latigazo era



lo suficientemente fuerte para hacernos desfallecer, pero no tanto que les privara de la atracción mayor: nuestra crucifixión.

Fue al reaccionar de un desmayo provocado por la flagelación cuando me enteré que le habían apresado. Uno de los suyos le había traicionado. El resto se dispersó y le dejaron solo. Las autoridades judías fingieron un juicio sin defensa y ahora reclamaban a Roma la muerte de aquel hombre.

Los minutos se hacían angustiosos. Ninguno de los tres condenados a muerte levantábamos la cabeza ni pronunciábamos palabra. Los pasos de un centurión romano vinieron a romper el silencio prolongado en el que nos encontrábamos. Abrió la puerta. “Barrabás”. Ninguno respondió, seguimos con la vista clavada en el suelo. “Barrabás –insistió- estás libre”. Al unísono levantamos nuestras cabezas. Barrabás nos miraba intermitentemente al otro y a mí. Los dos mirábamos fijamente a Barrabás. “¿Estás sordo? –el centurión nos volvió a la realidad- quedas fuera... lárgate de aquí” Después de varios días volví a escuchar la voz de Barrabás: “¿Cómo puede ser?” El centurión no tenía cara de querer dar explicaciones muy largas, simplemente dijo: “Ese a quien llaman Jesús tomará tu lugar”. Antes de salir del calabozo, Barrabás se volvió a vernos. No dijo nada, pero en sus ojos pude descubrir esa luz que brota de aquellos que saben que una nueva oportunidad para rehacer su vida le ha sido dada. Una oportunidad que no merecía pero que, gracias a Jesús, el podía disfrutar. Y en esa mirada pude entender, sin saber cómo, que Barrabás no volvería a ser el mismo otra vez.

- ¿Encerraron a Jesús contigo?
- No. La mayor parte la pasó amarrado al poste designado para recibir los latigazos. Desde la reja podía ver el martirio. Lo que yo había recibido eran caricias comparadas con las que el fornido carpintero estaba recibiendo. Los huesos amarrados a las puntas del látigo quedaban atorados en su espalda y su carne era desgarrada al elevar el látigo para propinarle un nuevo golpe. Pude ver, cuando me llevaban hacia el Gólgota, como introducían en su cabeza una corona formada por gruesas espinas que traspasaron su frente y su rostro, ya amoratado por los golpes recibidos, fue bañado abundantemente por su propia sangre.
- Tal vez esta pregunta esté fuera de lugar o no sea muy apropiada pero... ¿qué sentías al estar colgado de aquella cruz?
- La más grande de todas las humillaciones y el más profundo de los dolores que jamás había sentido. Varias veces me desmayé y desperté con la desilusión de estar aun con vida. Me resultaba menos dolorosa la muerte. Pero dentro de mí el temor a ella era todavía más fuerte que mi deseo por experimentarla.
- ¿La gente te insultaba?
- No. Se habían olvidado de nosotros dos. Todos tenían su atención puesta en Él. Desde la distancia pude ver como le obligaron a cargar con la cruz hasta donde nos encontrábamos. Pude oír como se reían de él cuando pasaba. Otros le escupían. Más de uno intentó golpearlo. Muchas mujeres lloraban cuando le veían. Por momentos creí que moriría antes de llegar con nosotros. Varias veces cayó ante el peso de la cruz. Pero era tal el deseo de todos por verlo crucificado que obligaron a uno de los presentes a ayudarlo a llevar la cruz con Él. Jamás opuso resistencia alguna. Ahora entiendo por qué. Él era el más consciente de la necesidad que existía de ser crucificado.
- ¿Escuchaste algo de lo que dijo mientras estaba en la cruz?
- Pocas cosas. Pero me sorprende que aun haya tenido fuerzas para pronunciar palabra alguna. Yo no tenía la más mínima intención de decir algo, la espera de la muerte me atormentaba. Sin embargo lo poco que dijo penetró en mi corazón al igual que espada de dos filos. “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen” fueron sus palabras. A ciencia cierta no sabía lo que significaban, pero trajeron a mí esperanza. ¿Realmente estaba crucificado a la par del Mesías? ¿Sería posible que el hombre de quien mis padres me hablaron de niño que traería salvación a nuestra vida estaba muriendo junto a mí? Mi vida entera empezó a pasar en aquel momento. Una vida que como tu dijiste antes, había sido desper-

diciada, pero que en ese momento estaba encontrando a aquel que podía darme sentido a la muerte. Sin embargo sus palabras cortaron mis cavilaciones.

- ¿Las palabras de Jesús?
- No. Las del otro que estaba a la par nuestra. “ Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. ¿Cómo se atrevía a decir eso? Estaba a punto de morir y seguía juzgando a los demás. No me pude resistir y en ese momento reconocí cuál era mi condición y cuál era la de ese hombre. “Justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo”. Nunca en mi vida había reconocido que estaba mal. Me había escudado en pretextos sin fundamento. Me justificaba en la culpabilidad de otros. Pero ahora por primera vez reconocía que mis actos merecían la muerte que estaba próxima a entrar en escena. Y luego de pronunciar estas palabras algo sorprendente ocurrió.
- ¿Sorprendente?
- Si. Es sorprendente descubrir al borde de la muerte al dador de vida. Sin saber cómo entendí que Él era mi única esperanza. Sabía que no lo merecía. No había hecho nada para atreverme a pedirlo, pero era mi última esperanza... mi única esperanza. “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” Su respuesta la sabes perfectamente... “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” No hubo necesidad de decirme más. Una paz que sobrepasa todo entendimiento llenó mi interior. El temor que hasta hace pocos instantes me había dominado había desaparecido. Una sensación de saberme amado confortó mi dolor. Y pude sentir el dolor en mis músculos faciales al sonreír.
- ¡Maravillosa gracia! ¡Sublime gracia!
- Así es. Al igual que todos los que hoy la disfrutamos, jamás la merecí, pero estaba dentro de sus planes que la disfrutara. Nunca me imaginé estar caminando por estas calles de oro. Por mi mente no atravesó el pensamiento de disfrutar algún día del gozo eterno que hoy tengo. Hoy entiendo la razón de su dolor. Que nadie diga jamás que se trata de una gracia barata, fue una salvación costosa. Tuvo precio de sangre. Sigue a disposición de los que la quieran recibir. De aquellos que al igual que yo volteen a verlo reconociendo su necesidad. No tuve que hacer mucho. Simplemente encontré en Él al que podía hacerlo... y todo fue en la cruz.